

IV

Diremos algunas palabras sobre los antecedentes del duque antes de continuar esta historia.

Hará ahora como unos noventa años que un fondista de París fué agraciado con una cantidad enorme que le había tocado en suerte en la famosa lotería de Hamburgo.

La suma ascendía á cinco millones de francos; el buen hombre cerró su fonda, que no era por cierto de las más elegantes, y se hizo agiotista, palabra elástica que algún día comprenderéis, queridos jóvenes, por más que ahora os sea desconocida su significación; os diré, por lo pronto, que bien aconsejado por varias de esas personas que en todas las naciones del mundo, y en Francia sobre todo, se pegan á los ricos, *hizo negocios* más ó menos limpios y dobló su fortuna en seis años.

El tío Casimiro Gringolet, que mientras vistió su delantal blanco y su gorro de algodón tuvo la conciencia bastante limpia, el sueño bastante tranquilo y el apetito bastante bueno, empezó á perder el sosiego, á comer poco y á padecer desvelos.

Los manjares que él mismo se había acondicionado en otro tiempo y de los cuales había comido en abundancia, le parecían desabridos y

ordinarios; en fin, el opulento nabab era mucho más desgraciado que el alegre y rollizo fondista, chancero con sus parroquianos, complaciente para su mujer y delicioso para todos.

Pero no creáis, lectores míos, que esto procedía de que sus riquezas desagradasen á Casimiro Gringolet, nada de eso; él estaba contentísimo con ser rico; pero, además, deseaba brillar, dar convites, tener palco en la Opera, en los Bufos y en los Italianos; poseer ricos carruajes y brillantes trenes; el demonio de la vanidad le había agarrado de manera que no sabía cómo desasirse de él.

Por fortuna suya, sus *excelentes* amigos estaban siempre ojo avizor para complacerle; no faltó quien ilustrase el gusto del bienaventurado Gringolet acerca de caballos, carruajes y mueblaje de casa; se le hizo gastar medio millón de francos en vasos del Japón, figuritas de Sajonia, cofrecillos del tiempo de Luis XIII y cuadros de Boucher, Scheffer y Cuortin.

Formósele una biblioteca magnífica con los volúmenes de Lafontayne, Chenier, Chateaubriand, Yalete, Lamartine, Víctor Hugo, Molière, Byron y mademoiselle Stael; se le compraron mueblecitos de palo de rosa y de Boule, para guardar sus joyas y sus pecheras de encaje; se llenó su comedor de porcelanas, de cristal de roca y de vajilla de plata; se le hizo un lecho esculpi-

do con *las armas de su casa*, y, en fin, se le montó una casa, ó mas bien un palacio, completamente á lo gran señor.

Después de todo esto los amigos pensaron formalmente en la representación social que se había de dar á Casimiro; en este mundo es forzoso ser algo; y después de discurrir durante algunos días, decidieron hacerle duque, comprando para él el ducado de Varennes y asegurándole podía llevar el título, siquiera por haberle costado una buena cantidad de escudos.

El buen Casimiro se alegró de ser duque, menos por él que por un pimpollo que tenía de diez años, y que respondía al prosaico nombre de Ciriaco; este niño, de una disforme obesidad, basto y mofetudo, no sabía jugar con los trajes de terciopelo y raso que vestía desde la opulencia de su padre, y se vengaba manchando cada día un vestido.

Buscósele un ayo y una doncella que le sirviera; pero al primero no le hacía maldito el caso, y á la criada le tiraba los zapatos con sólo que se le ocurriera hacerle ver la precisión de lavarse la cara.

Así pasaron algunos años; la educación de Ciriquito Gringolet no adelantaba un paso; quince primaveras había ya visto florecer sin que aprendiese á escribir y sin que conociese los números; pasábase el día en comer, dormir ó ju-

gar al trompo en el soberbio salón de su padre.

Diez y seis años contaba cuando su madre pasó á mejor vida; la digna mujer se hallaba mucho mejor entre sus guisados que en su dorado palacio, y ni una sola hora vivió á gusto en medio de su grandeza.

Faltándole los goces de gobernar la despensa, de sazonar las ollas, de dar vuelta á los asados, de echar la cuenta del gasto, en fin, no le hallaba objeto á la vida, y la melancolía acabó con su salud, conduciéndola al sepulcro.

Ciriaco sintió hondamente la pérdida de su madre; su padre le amaba, es verdad; pero asediado con las visitas ú ocupado con los negocios, apenas tenía tiempo que dedicarle, mientras su madre sólo pensaba en él.

Durante el año del luto, Ciriaco estuvo inconsolable; pero cuando empezó á usar los nuevos trajes que se le habían hecho, pareció regenerarse como la crisálida que sale de su capullo hecha una linda mariposa.

Faltándole el solícito cuidado de su madre, resolvió cuidarse por sí mismo; faltándole su compañía, empezó á salir, deseando hallar amigos; aprendió á vestirse con primor, á peinarse, á perfumarse; pidió maestro de baile y de dibujo que su buen padre se apresuró á concederle; se le puso su servidumbre y su carruaje particular; se le señalaron cuatro soberbios caballos de silla,

y se convirtió, en fin, en uno de los dandys más á la moda de la capital de Francia.

El papá Gringolet veía lleno de gozo la brillante metamorfosis de su hijo; apenas podía creer al verle que aquel fuera el muchacho toseco, comilón y ordinario que había nacido y se había criado entre el ruido de los almireces de su hostería; pero ¡ay, cuánto hubiera deplorado, si hubiera podido conocerle, el cambio interior que, al mismo tiempo que el exterior, se había verificado en su hijo!

Ciriaco, desde que se levantaba á las doce para salir á dar un paseo con sus amigos, se había olvidado de rezar sus oraciones cotidianas; desde que se acostaba al amanecer se dormía sin el nombre de Dios en los labios; y el cristiano que se duerme y que despierta sin pensar en Dios, mis amados jóvenes, es bien digno de lástima.

¡Ah, no hagáis jamás esa vida disipada que se llama *del gran mundo!* El cuerpo y el alma necesitan reposo, orden y economía, como nuestros caudales, como nuestra hacienda; y ¿qué se alcanza invirtiendo todas las horas del reposo, robando al trabajo las que son suyas, y entregándose á diversiones que marchitan y envejecen el corazón y fatigan el ánimo?

La oración, ese supremo bien que el cielo nos ha concedido, no puede salir de unos labios secos por el desvelo, fervorosa y pura; la oración

tiene su perfume, que emana del alma y que luego sube al cielo.

Desde que Ciriaco perdió la costumbre de rezar, se le hizo *manga ancha*, como suele decirse; jugó y perdió grandes sumas, hizo deudas, y pasó, en fin, por todos los trámites de los calaveras adocenados y vulgares.

Su padre llegó por fin á conocer lo que sucedía, y le aconsejó casarse; pero Ciriaco no pensaba en tal; horrorizábale sólo el pensar en la vida de familia, es decir, en la vida feliz del reposo, del sosiego, de las afecciones; y por más que su padre le proponía partido tras partido, todos los rehusó, asegurando que no tenía vocación ninguna al matrimonio.

El pobre duque desistió del proyecto de casar á su hijo; pero cada día más solo en su palacio, empezó á echar de menos la compañía de su mujer y á pensar con sentimiento en aquellos deliciosos domingos en que, dejando la fonda á cargo de sus cuatro dependientes, se iban á pasear cogiditos del brazo por los bulevares.

Mientras el pobre viejo acariciaba estas melancólicas memorias de sus pasados años, Ciriaco seguía su vida de desorden, que al fin acabó por adelgazarle, lo que le hizo del todo feliz; lo que más le había afligido siempre era su obesidad, obesidad invencible, pues se apoyaba en sus pocos años y en su excelente salud.

Cayó por fin enfermo su padre y enfermo de muerte; la riqueza había sido para aquel honrado matrimonio como un tósigo fatal que, después de envenar su vida, le llevó al sepulcro.

Durante dos meses Ciriaco, que había dejado toda clase de diversiones, permaneció á la cabecera de su padre con la esperanza de salvarle; pero la enfermedad estaba de tal modo desarrollada, y crecía con tanta rapidez, que nada pudieron los auxilios de la ciencia.

Algunos días antes de su muerte se hallaban solos padre é hijo; eran las diez de la noche; una lámpara con pantalla verde, colocada sobre un velador, daba al aposento una débil luz y dejaba la alcoba casi en la oscuridad.

El anciano parecía dormir; el joven le miraba con angustia, pues hacía algunos instantes había creído notar una rápida alteración en sus facciones.

Ciriaco, en el fondo, tenía buen corazón; sólo la vanidad y la adulación había podido alterar su natural candidez, su bondad y su perfecta inocencia; pero allí solo, de noche y junto al lecho de su padre, que se moría, su corazón latía dolorosamente y le parecía que con aquel anciano se iba al cielo toda su felicidad.

—¡Padre, padre mío!—exclamó inclinándose sobre el lecho.

El anciano abrió los ojos y se incorporó un

poco, haciendo un gran esfuerzo sobre su debilidad.

—¡Me muero!—murmuró con voz apagada y lenta.

—¿Quién sabe, padre mío?—exclamó Ciriaco procurando animarle.

—¡Me muero!—repitió Casimiro—y quiero hablarte antes de morir.

—Ya escucho, padre—dijo Ciriaco, arrodillándose piadosamente junto al lecho.

—Hijo mío—dijo el moribundo—vuélvete al modesto estado en que naciste, si quieres vivir dichoso; la riqueza trae consigo las penas, los sinsabores, la soledad del corazón; la riqueza nos ha privado de tu madre, y desde que la perdí no he cesado yo de maldecirla.

—Pero padre, ¿qué puedo yo ser ya?—preguntó Ciriaco aterrado, porque sólo hallaba fuerzas en sí propio para ser rico.

—Vuelve á abrir una hostería.

—¡Imposible, padre mío! Me perdería con esa industria que no conozco.

—Aprende un oficio cualquiera.

—¡Es muy tarde! ¡Tengo veinticinco años!

—¿No hallas, pues, otro recurso que ser rico y ocioso?

—Ninguno ya, padre; soy además uno de los títulos más poderosos de Francia.

—De los más pobres... Ciriaco... de los más

pobres...—dijo el anciano, cuya voz se apagaba por momentos.

—¡Cómo, padre! ¿Nuestro ducado es pobre?— exclamó estupefacto.

—¡Sí... pobre! Los amigos falsos que rodean siempre á las personas ricas me han hecho malgastar una mitad de nuestro caudal... la compra del título absorbió otra gran parte... Créeme, hijo... serás más dichoso volviendo á una modesta medianía...

Apagóse aquí la voz del anciano, como si Dios hubiera querido darle fuerzas solamente hasta poder dirigir á su hijo el último y más saludable consejo; y el joven, aterrado de su palidez y de la rápida descomposición de sus facciones, llamó precipitadamente á los sirvientes de la casa.

Pronto toda aquella cohorte de falsos amigos que habían rodeado al anciano durante su vida rodeó también su lecho de muerte, y la religión vino á prestarle sus últimos consuelos.

Al amanecer del día siguiente el honrado Casimiro Gringolet exhaló en los brazos de su hijo su último suspiro.

V

Poco duró el dolor en el corazón de Ciriaco, frívolo por excelencia, y muy poco también tar-

dó en volver á las diversiones de todo género á que hacía tiempo se hallaba entregado.

Algunos años pasó nuestro héroe en la misma vida que ya le conocemos, y así es ocioso el incurrir en repeticiones; por la mañana, desde la cama al tocador, y el paseo á caballo; luego el almuerzo; después á recibir á los amigos, á hacer alguna visita por sí mismo; á la vuelta á comer, y por la noche al teatro y luego á algún baile.

¡Dios me libre, queridos y jóvenes lectores, de llamar culpable, de poner en ridículo, de vituperar siquiera ese santo sentimiento que se llama *amistad*! ¡Pero que Dios os preserve también á vosotros de amistades mentidas!

Sed confiados, pero no ilusos, y sobre todo, antes de entregar vuestro afecto, aseguraos de que la persona á quien se lo otorgáis es digna de él, y os lo paga con el suyo.

Los amigos de Ciriaco fueron secando poco á poco su corazón; poco tiempo después de la muerte de su padre quiso éste casarse, porque aun se acordaba de la dulce compañía de su madre; pero sus amigos le disuadieron de semejante idea, porque no querían que Ciriaco buscara afectos duraderos y profundos, y menos que viniese á aquella casa una mujer, cuyo buen orden y economía ahuyentaría á todos ellos, pobres parásitos, que explotaban de un modo vergonzoso el santo nombre de *amistad*.

Ciriaco llegó, pues, sin casarse á los cuarenta años, y después de esta edad ya no pensó en hacerlo.

Se halló viejo, y sobre todo se hallaba, como él decía, con poca gana de cargar con cuidados.

Seco ya el corazón de afectos, llegó á ocuparle el egoísmo; el duque sólo pensaba en sí mismo; el cuidado más prolijo de su persona volvió á ocuparle por completo, y viendo que su riqueza desaparecía rápidamente para dar lugar á la escasez más lastimosa, despidió á todos los que le rodeaban, y se quedó aislado.

Pero, ¿qué es la soledad para el que ni ama el estudio, ni sabe hacer nada para ocuparse? ¿No lo sabéis mis queridos jóvenes? Es el suplicio más grande, es el hastío con todos sus horrores; la soledad es agradable algunas veces para el que halla en sí mismo recursos contra el tedio; vosotras, lindas jóvenes, ¿no deseáis estar solas alguna vez para acabar más de prisa una labor, para tocar en el piano una nueva sonata, para orar por los que amabais y os esperan en un mundo mejor?

Vosotros, adolescentes, que dais los primeros pasos en el sendero de la juventud, ¿no deseáis alguna vez también la soledad para entregaros al estudio, para trabajar en un cuadro, que pensáis regalar á vuestra madre, ó para seguir la lectura de un libro que os interesa?

Ninguno de estos goces tienen los ociosos, los culpables y los ignorantes: la conciencia les espanta, y su ignorancia es el hielo que enfría y mata las fuentes del sentimiento y de las sensaciones.

El duque Ciriaco volvió á reponer su fortuna con enormes ganancias al juego, y volvió á rodearse de amigos, más falsos, más adúladores que los que había despedido.

Diez años más pasaron, y al cumplir los cincuenta, el duque, cuya obesidad había llegado á ser mayor que la de su padre, apeló al corsé; luego vino la peluca, y después la dentadura postiza con que le hemos visto presentarse en casa de Calabaza y en busca del hijo de éste.

Un pleito que le puso uno de los hidalgos de la aldea de San Juan acerca de unas tierras que había comprado allí, y á las cuales había anexo un castillejo medio arruinado que el duque pensaba reedificar para sí, le obligó á ir á aquel país, en donde encontró á Mateo.

Aquel muchacho voluntarioso, indómito y descarado, hizo gracia al duque, que conservaba todos los groseros instintos de su nacimiento.

Perdió el pleito durante su estancia en la aldea, pues sus dispendiosos caprichos tenían siempre un resultado igual; había querido poseer una buena finca donde pasar los veranos, en el interior de una de las más hermosas provincias de

33881

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

España, y la persona á quien encargó la realización de este deseo pensó que en Aragón era donde se podría comprar á más bajo precio, embolsándose él una mitad de la cantidad que quería gastar el duque.

El pleito siguió de muy cerca á la venta, y el duque, á pesar de su riqueza y de haberse incomodado en hacer un largo viaje, le perdió, con las costas.

Pensó el duque en marcharse al instante, pero por una de sus extravagancias quiso llevarse á Mateo como recuerdo de su excursión.

Como buen francés, le divertía ver la rudeza de los españoles, y se hizo la cuenta de que en aquel chiquillo, bravo y ordinario, tendría un hazmerreir para sus horas de fastidio.

Ya se ha visto que consiguió de sus padres el que se lo dejaran: sigámosles á París, que luego volveremos á la mísera aldea donde han quedado los padres y la hermana del ingrato muchacho.

Por ahora y hasta el capítulo siguiente, sólo se puede participar á los lectores que el duque se durmió así que entró en el coche y que Mateo tardó poco en imitarle.

VI

En el bulevar de los Inválidos, es decir, en un hermoso paseo guarnecido de árboles, se hallaba en París el palacio del viejo y ridículo duque de Varennes.

Una vieja ama de llaves, llamada la señorita Leblanche, en unión de un mayordomo, también de edad madura, eran los que gobernaban la casa, los criados y al mismo duque.

La señorita Leblanche tenía cincuenta años; su traje de seda negro, en el cual iba embutida, desaparecía casi por completo debajo de un gran chal de merino azul con cuadros de seda carmesí.

Una papalina blanca de encajes, con grandes lazos color de naranja, dejaba escapar á lo largo de sus mejillas algunos rizos tísicos, pero escrupulosamente teñidos y brillantes de pomada.

Sus ojillos grises, su boca grande y sus mejillas pintadas de arrebol daban á aquella anciana un aspecto ridículo y desagradable; porque la vejez que se acicala con afeites presenta á la vista un aspecto doloroso, por lo mismo que parece menospreciar su dignidad.

La señorita Amalia Desideria Leblanche tenía un genial tan perverso, que no dejaba vivir á nadie; no había en el palacio otra persona del sexo bello que ella, y parecía puesta allí como